



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA.

ADMINISTRACION: Librería de la Inmaculada Concepcion, calle del Buensuceso, n.º 13, Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En España é islas adyacentes.	14 pesetas al año.
En Cuba y Puerto-Rico. . .	17 id. id.
En las islas Filipinas. . . .	20 id. id.
En Portugal.	3200 reis id.
En Francia, Argelia y Bélgica.	16 francos id.
En las republicas de América.	25 pesetas id.

ADVERTENCIAS.

No se admiten suscripciones por menos de un semestre en España, y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando siempre por enero.

No se atenderá suscripcion alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo fácil y seguro.

Los números sueltos se venden á 3 rs.

SUMARIO DE ESTE NUMERO.

TEXTO.—INDO-CHINA: Excursion apostólica, pág. 461.—TUNG-KIN CENTRAL: Angustiosa situacion de las Misiones españolas, 462;—Un Diocleciano moderno: progresos de la Mision, 463;—Extraordinario fervor de los indigenas: fruto de la Mision, 466.—AFRICA ECUATORIAL: De Bukuné á Kipalapala, 469.—OCEANÍA: Nueva partida de los misioneros del sagrado Corazon para Nueva-Guinea, 471.—Estableci-

mientos cristianos de Pekin, 473.—CRÓNICA: España, Roma, Italia, Alemania, Dinamarca, Rusia, Birmania, Tung-kin, Alto Congo, Zanzibar, Canadá, Noticias varias, 474.

FOLLETIN.—Viaje biblico en Oriente. (Pliego 29 del tomo 2.º).

GRABADOS.—Bonzorio cambodgiano, 461.—PP. Miguel Portell y Lucas Miguel, misioneros españoles en el Tung-kin, 464.—Fachada de la catedral de la Inmaculada Concepcion en Pekin, 465.—Jardin del seminario de Pekin, 468.—Interior de la iglesia del Santisimo Salvador en Pekin, 469.—Fachada de la misma iglesia, 473.

La *Revista Popular* publica el siguiente elenco de este importantísimo documento doctrinal. Al reproducirle protestamos incondicionalmente de nuestra adhesión firmísima al Romano Pontífice y á las enseñanzas de la Santa Sede:

La Iglesia de Dios, instituida por su soberano Autor para la felicidad eterna del hombre, procura y produce igualmente su felicidad temporal y la prosperidad de los Estados.

La sociedad es de institución divina, y es asimismo de derecho divino toda legítima autoridad.

Las formas políticas del Estado son en sí indiferentes, como se subordina éste al dogma cristiano que le marca su procedencia de Dios y su fin último en Dios.

Responsabilidad gravísima contraen los Jefes de Estado que no atemperan á estas máximas su proceder en la gobernación de los pueblos.

Es falsa la teoría de la soberanía popular, es falso que el poder público se ejerza por mera delegación de dicha pretendida popular soberanía.

Es criminal el llamado derecho de insurrección contra los legítimos poderes. Nótese que no dice contra los poderes *establecidos*, sino contra los poderes *legítimos*; distinción que por el Liberalismo se olvida más de una vez.

La Religión verdadera es únicamente la fundada por Jesucristo nuestro Señor y como personificada en la santa Iglesia católica.

La Iglesia es sociedad perfecta é independiente en la esfera de su ministerio, y no depende, ni en su existencia ni en su acción, de la potestad civil.

Como el alma y el cuerpo se unen en el hombre, así debe considerarse el enlace y unión de la Iglesia y del poder civil en las humanas sociedades.

Esta unión y armonía favorecen á súbditos y á soberanos, pues realzan las relaciones de ambos, dando así á la sujeción de los unos como á la autoridad de los otros el elevado carácter de cosas sagradas.

Las ventajas prácticas de esta armónica unión de la Iglesia y el Estado, demuéstranse por los frutos que han dado en sus buenos tiempos á la Europa cristiana.

De los novadores del siglo XVI, ó protestantes, nace el moderno desorden social; su código, desde la Revolución francesa, son los titulados *derechos del hombre*: éstos no son más que la anulación de la soberanía social de Dios.

Falsedad intrínseca de esta teoría, madre de lo que se ha dado en llamar *Derecho moderno*, y de la llamada libertad de cultos, de pensamiento y de imprenta.

Condenación repetida de estas falsas doctrinas por Gregorio XVI en su Encíclica *Mirari vos*, y por Pío IX en su *Syllabus*.

Es lícita la participación del pueblo en la gestión de los negocios públicos, y en algunos casos útil y saludable.

No se condena que los Gobiernos, con el fin de procurar un gran bien ó de evitar un grave mal, *toleren* (no dice legalicen ni autoricen) la existencia de algún falso culto en sus Estados.

No es, como se pretende, enemiga la Iglesia de la verdadera libertad y del legítimo progreso de los pueblos.

En lo que atañe á las llamadas libertades modernas, todos los católicos se atendrán al juicio de la Sede apostólica y se conformarán con sus decisiones, y procurarán además no dejarse engañar por la apariencia de honestidad con que se presentan, recordando de qué fuente corrompida han salido y á qué pasiones se debe que en diversos países se sostengan y progresen. Suficientemente ha dado á conocer la experiencia los resultados que para las sociedades han tenido, y sus frutos no pueden menos de inspirar temores á los hombres prudentes y honrados.

Suponiendo un Estado en que *proterve et tyrannice* (nótese bien) sea perseguido el nombre cristiano, la sociedad política organizada según los principios del derecho moderno podrá parecer más tolerable; pero los principios que le sirven de base son tales que, como hemos dicho, en sí mismos no pueden ser aprobados por nadie.

La acción de los católicos en el orden político puede *generatim* ser provechosa. Dice «por regla general,» *generatim*; porque puede darse algún caso en que no sea lícita esta acción.

Debe procurarse la unión de todos los católicos en bien de la Iglesia y del Estado; pero (*nota bene*) la integridad de la profesión cristiana no es compatible con las opiniones *ad naturalismum vel rationalismum accedentibus*. Frase esta última que queremos dejar en su propio texto original.

La fidelidad á la Sede Apostólica y la obediencia á los Obispos sea la regla de conformidad en las voluntades y de armonía en los procedimientos, según exigieren las circunstancias varias de cada tiempo ó país.

No es lícito seguir privadamente una norma de obrar y otra públicamente, de suerte que la autoridad de la Iglesia se acepte en la vida privada y sea desechada en la pública.

Lícita es la libre discusión tocante á las formas de gobierno, y no puede á nadie imputársele á sospecha contra la fe esta divergencia.

LA MEJOR VICTORIA.

(LEYENDA).

I.

Pocos habrá que no conozcan, de nombre á lo menos, á *Hacsum*, á aquel temido aventurero que en el siglo IX consiguió dominar en la parte oriental de España inspirando serios temores á los emires cordobeses. Hijo de humilde cuna y dedicado al trabajo de sus manos en Ronda, trocó más tarde *Hacsum* tan honrada ocupación por la agitada vida de los salteadores de caminos, hasta que los azares de la suerte y las especiales circunstancias de nuestra patria en aquel entonces, facilitaronle la conquista del fuerte de Rotah el Yehud. Desde su inaccesible guarida, asentada sobre elevados picachos, *Hacsum* desafiaba el poder del emirato como el águila desafia al rayo, y revolvía en su mente ambiciosos proyectos que no tardaba en realizar.

Barbastro, Huesca, Fraga, Lérida, y cien y cien poblaciones prestaronle obediencia y sumisión. *Hacsum* dirigió entonces hácia Córdoba su altanera mirada y soñó por un momento en llamarse Emir.

Dulces recuerdos cruzaron por su mente: acordóse de Tarik sometiendo á casi toda España, y de Abderrahman venido de lejanas tierras con la sentencia de muerte suspendida sobre su cabeza y el odio á los Abasidas arraigado en su corazón. Pensó que quizá estuviera escrito que fuera él con el tiempo el señor de la península española.

II.

Preocupado por tan gigantesco proyecto, *Hacsum* salió una tarde á pasear por los alrededores de su castillo. Distruido como iba fué alejándose de cada vez más, y caminando al acaso llegó á una gruta escondida entre jarales y maleza. *Hacsum* detúvose un momento á contemplarla.

—¿No ves, dijo al criado que le acompañaba, algo en el fondo de esa gruta?

—Señor, si no me equivoco, hay dentro de ella un hombre.

—¿Un hombre? Haz salir al osado que intenta ocultarse á mis pesquisas.

Poco después un anciano de luenga barba y desordenada cabellera, vestido con tosco sayal, que una cuerda sujetaba, apareció llevando en una mano una sencilla cruz de madera y en la otra un cofrecillo de plata.

—¿Quién eres? le preguntó *Hacsum*.

—¿Y qué puede interesarte el nombre de un pobre ermitaño?

—Nada, nada; pero quiero saberlo, y estás en obligación de contestarme.

—¿En obligación de contestarte?

—¿Cómo! ¿No ha llegado á tus oídos el nombre de *Hacsum*? ¿No conoces al que por sus victorias conocen todos los hijos de Allah?

Cual fugaz relámpago que brilla en noche tranquila del estío, así la ira se dibujó un momento en la tranquila mirada del anciano.